

## PRESENTACIÓN

La Historia está escrita en la tierra y saber leerla es tarea primordial de los historiadores. Las personas desempeñan un importante papel, pero no se pueden entender ni en su ser ni menos aún en su proceder si no se las contextualiza temporal y localmente.

El concilio de Éfeso del año 431 ha sido considerado siempre un momento problemático en la historia de la Teología, del Derecho Canónico y de la Iglesia en general. Y los estudiosos se han dividido en la reconstrucción de lo que allí ocurrió y de las fuerzas profundas que durante aquellos años nada fáciles, movieron los acontecimientos.

El método prosopográfico ha sido comprobado como un modo muy «objetivo» de acercarse a la documentación de los períodos históricos. Los personajes presentados en racimo ordenado, según el mayor número de parámetros posible y en nuestro caso, por lugar de origen y ejercicio del ministerio, por pertenencia a grupos de influencia, por líneas de pensamiento, ofrecen un magnífico punto de partida para cualquier reflexión que sobre aquel momento histórico se quieran hacer.

El problema central que se nos ofrece en Éfeso en aquel año crucial 431 es el de la administración doctrinal de la Iglesia, el funcionamiento de sus personas y estructuras y al final el de la validez e interpretación de sus formulaciones. En principio Nestorio era un teólogo coherente, defensor de la lógica del pensamiento y buscador de la tradición conceptual más pura de la Iglesia, cualidades que siempre han sido honra de los pensadores eclesiológicos, Cirilo era una persona prepotente, maniobrero, hábil, políticamente cuestionado, y buen retórico, algunos de cuyos rasgos siempre han sido considerados «sapienciales» y muy importantes en las personas responsables de hacer posible lo que es necesario. También éste pretendía seguir fielmente la tradición de la Iglesia, tradición que seguramente estaba más anclada en la praxis que en las fórmulas. El enfrentamiento fue duro, las posiciones no parecían estar tan alejadas que no se pudiera llegar a un acuerdo. Se optó por la fuerza y el poder político y posiblemente se subestimó el papel del Espíritu en la Iglesia. O quizá fue la mentalidad de las personas del momento lo que coloreó el resultado de la asamblea. El resultado puede haber sido el que tenía que ser, pero las consecuencias han sido poco

satisfactorias: todavía quedan nestorianos en muchos puntos del Oriente Próximo y siguen siendo testigos de la fe cristiana.

El estudio del proceso no puede prescindir de las actuaciones personales y éstas han de ser contempladas no sólo en los pretendidos protagonistas, sino en el conjunto de los que tuvieron que «votar» y de ahí el interés siempre renovado de trabajos como el que presentamos, que actualizan viejos y excelentes trabajos ya no fácilmente asequibles y que afrontan el tema desde las actuales perspectivas hermenéuticas.

La autora no pretende agotar el tema. Únicamente presenta uno de los puntos de partida para cualquier estudio ulterior de la problemática, pero entendemos que uno de sus méritos notables es el relieve dado al estudio de la geografía eclesiástica en un momento crucial de la Historia de la Iglesia, en esta mitad del siglo V cuando el Imperio Oriental está distanciándose del Occidente y configurándose en los rasgos definitorios que constituirán el «bizantinismo» y la cultura del Oriente medieval.

Antonino González Blanco